

En este nuevo renacer primaveral se destacan entre el verde los jardines, los altos penachos calcinados de unos ejemplares arbóreos que hasta ayer —tres meses a lo sumo— mantenían su gallardía verde-oscura al cariz de todos los vientos y ostentaban su humanidad a todas las gradaciones de la temperatura ambiente ordinaria: los eucaliptos.

Antorchas eminentes de una flora acostumbrada a las oscilaciones regulares del templado clima mediterráneo, esos colosos de las especies forestales, los eucaliptos, parecían ser capaces de resistir con sus ramas perennes de lanceadas hojas todos los embates adversos de las tempestades.

Pero ¡ay que falaces son las gallardías ante las insoslayables leyes de la caducidad! Bastaron unos cierzos reiterados, unas heladas traidoras venidas del ártico, para que toda su corpulencia, toda su arrogante majestuosidad quedara truncada, deshecha cual si se tratara de las endebles briznas de una simple hierbecilla.

En cambio, a su lado, ahincadas las raíces en la tierra por temor de verse arrancada en su débil constitución, la pequeña jeringuilla superó impasible la tormenta glacial, y a las primeras caricias del tibio sol de marzo estalló en infinitos capullos hasta en los extremos más delgados de sus tallos.

Y ahora, cuando el gigantesco eucalipto blande su achicharrado ramaje entre el variado verdor de los demás árboles y arbustos, la estoica jeringuilla exhibe su blanca sonrisa de pétalos, acentuando aun más el contraste.

Evidente lección aplicable al linaje humano. «El que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado». Así ha sucedido con el altivo eucalipto y la modesta jeringuilla. De ellos mucho tenemos que aprender los humanos mortales.

Xavier

SAN FELIU  
DE GUIXOLS  
17 MAYO 1956

Núm. 434

Año IX

# ANCORA

## CLARINES SONARON

Desde luego. No faltaba más. Dolerá-puede que hasta a algunos nos cueste admitir, tirlo sin nuestro algo de íntima protesta, pero, como rígida e inexorable ley de vida que es, hay que acatarla, nos agrade o no.

«Paso a la juventud», escribía meses ha, en cabecera de un su artículo impregnado de un mal disimulado melancólico matiz, el Director de ANCORA. Y aquéllos que ya hace un buen rato traspusimos ¡ay! el límite considerado ideal, los que, tal vez un tanto deliberadamente distraídos, cruzamos la decisiva frontera de lo radicalmente potencial —aunque no hayamos olvidado aquello, tan elocuente, de:

«... promesa es la espiga verde, mas el grano, aún mondo, es pan...» — al oír, tan cerca y tan diáfano, el imperioso clarinazo de relevo, nos detuvimos en seco: era debido, además.

Luego, algo más repuestos del golpe, puede que aún tuviésemos aliento suficiente para dirigir un furtiva mirada de angustiosa interrogación al próximo, y ya enemigo, espejo y, quien más quien menos, es de pensar se acercaría mustio, a su mesa de trabajo para rasgar, no sin un ligero temblor de emoción en los dedos, la ya encetada cuartilla que, a su destino sumisa, esperaba de nuevo la presión del conocido surco —puede que raramente fecundo, pero sí trazado siempre en cálida ilusión— de nuestra pluma desgastada en aras de un puro y tenaz altruismo, a la par que inspirada siempre en un inextinguible amor a nuestra querida Ciudad.

Pero ahora, amigos, tocaban a punto final. Esto era cosa bien cierta, so pena de pecado de extemporaneidad por parte del clarín, hipótesis esta que se nos resistía. No, no nos queramos engañar, esta vez era la propia voz de los adelantados mayores la que nos lo acaba de advertir y... ya otra solución no cabía: imponíase el sacrificio, era llegada la hora de echar al fuego el seco, el exprimido sarmiento, —¡cuán amorosa y deseada caricia para él que, viviendo aún en tersura, tantas veces complacióse soñándose envuelto en altiva, acerada llama viva!— había que hacer sitio, sí, claro, puesto que empujando llegaba el pomposo nuevo follaje e impelido por biológico, insoslayable mandato iba ya recurriendo, ambicioso y osado, las más cimieras ramas en pleno regalo de savia nutricia, en exultante promesa de fruto, en irreprimibles ansias de ubérrima, codiciada cosecha.

¡Paso a la juventud! pues. Sí, pongámoslo de una vez así, en énfasis total, para que aún resuene más, si cabe, el marcial, conminatorio aviso podamos prontamente contemplarlo materializado en arrolladores escalones de incipiente, optimista humanidad, tiernos brotes, nacidos, pero, de vieja raíz, no olvidemos nunca este claro y rotundo antecedente de telúrica fuerza decisiva.

Nosotros, los ya exhaustos, —según claro diagnóstico públicamente expuesto —a buen seguro que sabremos humildemente apartados a la linde de la calzada trepidante de olímpicas resonancias, contemplar, silenciosos y esperanzados, y hasta estoicos si falta hiciese,

—qué importa que, en lo más recóndito de nuestra fatigada mirada, una gris nubecilla de inconfesada nostalgia empañe la triunfal visión— el magno, brillante y avasallador desfile. Y quién sabe sí, en piadoso pago a nuestra total abdicación, se nos querrá conceder la preciada dicha de acertar a reconocer, entre el nuevo y bullicioso escalón que avanza, los rasgos característicos de nuestra propia estirpe.

¡Qué gran gozo el nuestro, entonces! ¡Adelante, muchachos! aún sabremos gritarles. ¡Adelante, que el mundo es vuestro! Pero, por favor, amigos, que el anunciado prodigio no se haga esperar demasiado. La impaciencia ya empieza a consumirnos a los .. desahuciados y, a nuestra edad, puede que ya ni siquiera la impaciencia sea cosa recomendable para la trabajada víscera.

¿Hace falta decirlo?: Deseosos estamos ya de poder percibir, flotando en las suaves auras de la mañana primaveral, el perfume inconfundible de la nueva floración, el gozo confortador de los recién cuajados frutos; no importa que algunos tengan que sernos ofrecidos aún en agraz; lo inmaduro es, y será siempre, pese a tanto arguloso pinito como por ahí se ve asomar, consubstancial con la humana, falible y afortunadamente, finita naturaleza.

Que no se nos hurte, pues, ya por más tiempo el magnífico, ansiado espectáculo. Porque es que en realidad, son demasiados ya los días transcurridos en gris, demasiadas las semanas agotadas viendo como el correo, con su fría puntualidad de cosa sabiamente ordenada, nos va trayendo los siempre esperados números de ANCORA que nosotros, rasgando nerviosos la frágil faja que su buen rumbo asegura, hojeamos y hojeamos, con simpatía, con auténtica curiosidad ahora ya por si finalmente, nos cabe el gozo de descubrir, en sus proverbialmente acogedoras columnas, la luminosa estela que tras de sí han de dejar los nuevos valores, saborear la ágil maestría de las nuevas aportaciones.

Pero no, lo único que vamos constatando semana tras semana, — y de ahí nuestra nueva, sí que esporádica salida al palenque — es que aún sigue campeando, poco más o menos, el indiscutido imperio de los prestigiosos y azas conocidos adalides, los de siempre, los, hemos de suponer, llamados también a pasar a la reserva en mayor o menor proporción.

Porque no nos queremos imaginar que el tal raro fenómeno de dilación, después de la anunciada apoteosis, sea debido — ¿verdad que no?— a que las recién registradas heladas invernales de crudelísimo zarpazo en tan dilatadas áreas de belleza y caudal, haya acabado por congelar también los ímpetus de la nueva, prometedoras savia intelectual que, con acento lleno de un patetismo contagioso, invocaba, en acertada frase, el amigo Director. Cosa por demás sensible e injusta fuera que una tal desgracia nos hubiese ocurrido a los asiduos lectores de ANCORA.

Eduardo Bardas Planellas